

Un último biombo



Juan Pablo
Rodríguez*

Al final de 2015 solo quedaba el biombo de un perro solitario frente a un bosque...

La primera vez que escuché de Go Sei Shu sería hacia finales de 2009, la burbuja económica en Estados Unidos acababa de reventar, se venía la nueva década, todos esperaban con ansias lo que pasaría de cara al futuro. Una amiga que enseñaba mandarín en una universidad me contó que esperaba recibir a un amigo artista que conoció en China. Go Sei Shu me sonó algo desconocido, misterioso y evocador, pero lo fue aún más cuando ella me contó que “se intentó suicidar junto con su amante”. Eso atrajo mi atención de inmediato, así que esperé un par de semanas hasta que, por intervención de mi amiga, pude tener una entrevista con él.

Se había trasladado aquí, a Bogotá, porque la maestra de mandarín, Rosa Martínez, lo convenció de venir a este lado del mundo; ambos eran muy íntimos. Sei Shu no parecía nada del otro mundo, aparte de ser apuesto y con un cabello envidiable, no era un hombre que tuviera lo que llamáramos el “aura del artista”. Según me había contado Rosa, este hombre había entregado su cuerpo y alma a la pintura desde los tres años. Su abuela fue una respetada pintora que llegó a hacer cuadros de propaganda para la revolución por allá en 1950 e

* Estudiante de Creación Literaria de la Universidad Central. jrodriguez010@ucentral.edu.co

instruyó duramente a su nieto en la pintura para continuar la tradición familiar.

Go Sei Shu se introdujo, diciendo en un español bastante impresionante, cortesía de su fascinación por el *Quijote de la Mancha*: “Al diablo, querido amigo, yo detesté la pintura desde que me pusieron un pincel entre los dedos. Pero ahora es un veneno del que no consigo deshacerme, el amor es un misterio extraño, aquí estoy yo, un pobre diablo que odiaba pintar en la infancia, siendo alabado por cómo pinto en la adultez. Eso se llama madurar, darse cuenta de que el misterio del amor, ese que acabo de mencionar, no es más que resignación del destino”.

Sei Shu no habría tenido un aura de artista, pero sí tenía un aura melancólica, era tan dulce y permeable que hacía parecer cada una de sus palabras como un pensamiento trascendental. Tenía los ojos hermosos. Nunca me llegó a mirar directamente, solo me hablaba mirando al cuadro. Veía algo que quizá nadie más podía ver, como si mirara al inframundo con una exquisitez que, de haber estado el mismísimo Hades frente a él, la mirada de ese artista hubiera resultado más fascinante que ver al mismo Dios. No solo llegó a ser artista, también era poeta, a veces sin venir a cuento recitaba poemas para mí. Parecía agradecerle confundirme con sus juegos artísticos. Repito, él nunca me llegó a mirar directamente. Solo reía y se adentraba en su retahíla poética:

Tú, hijo mío, eres rey,
mas yo, tu madre, una esclava,
paso el día entero
hasta ya entrada la noche
descascarillando arroz,
esto es la muerte en vida.
Estoy a mil leguas de ti
¿a quién podría enviar
para hacértelo saber?

Más tarde descubriría que ese poema se llama “Canción de la dama Qi”.

Al final de 2014 había un biombo del cadáver de una mujer y un perro junto a ella; el bosque se extendía por el biombo como la naturaleza se expande en la realidad. ¿Qué es la realidad? Creo que esa pregunta me la hizo Go Sei Shu.

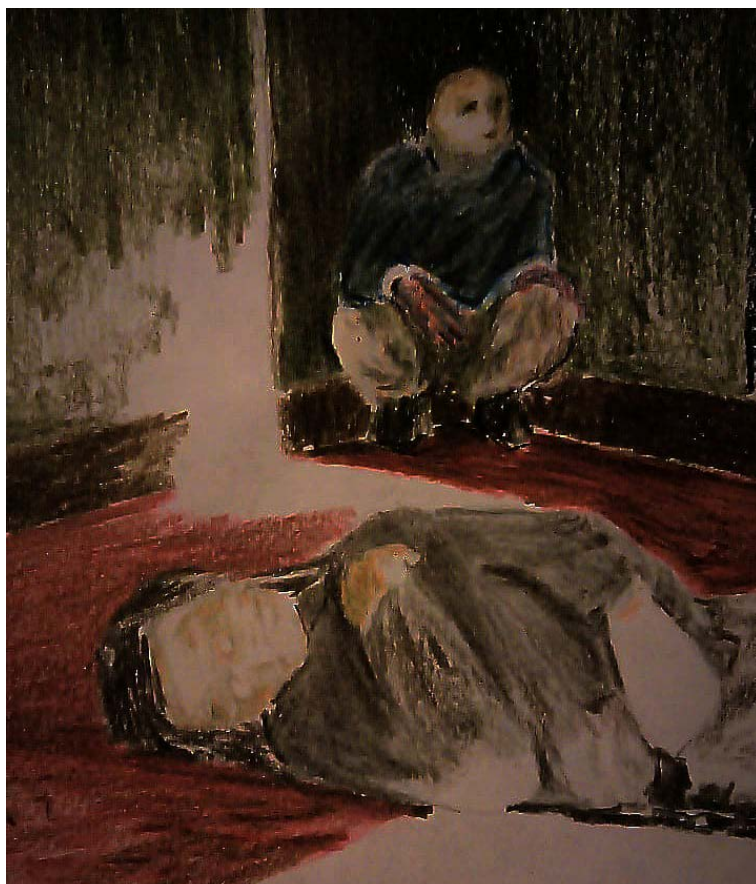
Comenzaba 2010, la vida no era tan diferente como en la década pasada, o en las treinta que le antecedían. Se inventaron el teléfono inteligente, todos querían ir corriendo a conseguir uno en solo un par de años, pero Go Sei Shu no... No, él solo se quedaba largo rato dejando cuadros a medio hacer en una esquina de su cuarto. Dedicando las tardes a ver la puesta de sol en la ventana del piso diecisiete del edificio Almendras de la Alonza.

Yo no conseguía sacarle información sobre su supuesto intento de suicidio, siempre me acercaba con preguntas tímidas sobre amores del pasado; cuando le preguntaba, él se limitaba a suspirar, seguido tomaba el lienzo y decía *Gongbi*. Más tarde me enteraría de que esa era una técnica china para pintar, rica en color y variedad.

Ya había ido a entrevistarle varias veces, quizás unas quince, a él no le molestaba en absoluto, le parecía que era algo natural. Yo estaba cansado de no conseguir respuesta y pregunté directamente, a lo que respondió: “Lo que quieres no llega a los demás con la simpleza de querer, si no hay esfuerzo no debe haber queja. Pero también es importante saber que el corazón es una tormenta donde naufraga una sola persona, nadie más va a naufragar contigo, ni puedes meterte a naufragar junto a nadie”.

La respuesta me dejó tan insatisfecho que decidí no volver porque consideraba inútil cualquier respuesta que diera. Escribir sobre eso no tendría caso alguno. Después de unos seis meses, tras una maldita y larga temporada de lluvias, Rosa me llamó porque quería hablar conmigo; resulta que Go Sei Shu me había agarrado cariño de una manera extraña. Preguntó por mí, llamándome “mocosó preguntón”. Decidí ir una vez más.

En la entrada de la puerta, apenas iba poniendo los pies dentro de su cuarto de pinturas, escuché el sonido distintivo de su voz recitando otro poema de la antigua China:



↓
De la serie *Il cielo in una stanza*
Mondo Cane, 2022

Cuando era joven
y no conocía el sabor de la tristeza
gustaba de subir a los altos pabellones
para componer nuevos versos, forzados,
que hablaban de la tristeza.

Y ahora
cuando he gustado hasta el colmo
el sabor de la tristeza
quisiera hablar de ella y no puedo
quiero hablar de ella y no puedo
solo digo:

“Empieza a hacer frío,
¡qué hermoso es el otoño!”.

Al escuchar eso me daban ganas de irme, rendirme y desistir de la entrevista. Pero él hizo un gesto señalando el armario. Allí había cuadros, todos de mujeres que no tenían rostro; quedaba claro que no se podía sacar de su mente a quien hubiera sido su amante.

Me contó que él se dedicaba a la contemplación, pintaba cuadros al estilo *Kusōzu*, que consiste en cadáveres que se pudren al aire libre. “La muerte es transformadora, no solo tu cuerpo es una ofrenda al vacío, sino que también tu recuerdo es vacío que se convierte en ofrenda. Quienes te aman vivirán en una nada con tu nombre”. Aquello me puso a pensar unos instantes y me atrapó lo suficiente para querer seguir escuchándolo.

No pude sacar mucha información, aquel naufragio de su corazón era impenetrable. Pero había una extraña atracción hacia él; después de replanteármelo muchas veces, definitivamente quería saberlo: ¿qué había hecho que un artista chino quisiera suicidarse por amor y luego viajara hasta aquí para recitarme poesía mientras pintaba?

Al final de 2015 solo quedaba el biombo de un perro solitario frente a un bosque...

Llegaba el final de 2010, nada había cambiado en el mundo, pero en mi mundo había ingresado un artista chino incapaz de verme a los ojos. La nueva presidencia en mi país poco me importaba, yo quería desentrañar esta rareza. Sentía una extraña fascinación por este artista, no iba a admitirlo nunca, pero creo que él se había dado cuenta y por eso decidió continuar tal y como íbamos haciéndolo a principio de año.

Al verle pintar uno de sus cuadros, mientras movía el brazo con una elegancia y una sublimidad inimaginables para mí, sentía una profunda punzada en mi cuerpo. Sus cuadros usualmente tomaban unos tres días en completarse; no los terminaba en realidad, nunca planeó hacerlo, solo llegó a terminar sus biombos, todos eran bosques en color negro que transmitían la penuria.

Al mover las manos, al parpadear, al dudar, todo resultaba encantador. Llegué a olvidar la razón por la que había venido hasta él en primer lugar. En mi mente su entrega en cuerpo y alma a la pintura me hacían dudar de cualquier cosa, me alteraban de una manera desconocida. Go Sei Shu nunca me vio a los ojos, pero sí vio lo que llegué a pintar.

Ya era diciembre de 2010 y quedaba claro que no importaba si las cosas cambiaban o no. En ese momento le pregunté a él si me podría enseñar a pintar; me dijo que podía disponer de los materiales como quisiera. Cuando vio mis cuadros solo se echó a reír, de manera acentuada, pero nunca me hizo sentir avergonzado por lo que pintaba.

Fue allí cuando empezó a abrirme su corazón, aunque no lo entendí al principio, pues me lo dijo en forma de un poema escrito por él mismo:

Ella enfermó, deformando su rostro
las fístulas lagrimeaban, más que ella,
sobre sus pómulos.
El perro era yo
fiel, amoroso, meneando la cola
con su mera presencia.
Un perro sigue a su dueño sin dudarlo
un perro sigue a su dueño aun si lo duda.
Al perro no le importa si la muerte
es realmente eterna.
Esa sonrisa que invoca la muerte,
ya extinguió mi corazón
como el sol en la nieve de una hoja.

Fue la primera vez que vi a Sei Shu llorar. Al pensarlo un poco más, durante ese instante mis trazos se hicieron apasionados; él no apartó su mirada de mi mano ni siquiera cuando sus ojos se hincharon por la pena.

Al final de 2013 pintamos un biombo con una mujer, la amante de Go Sei Shu, en un bosque junto a un perro. Él quemó la obra.

Ya para 2011 yo pintaba junto a él. Él compartía sus técnicas conmigo y me dejaba intervenir todos sus cuadros, excepto uno. En este se veía un bosque negro con trazos finos y muy calculados que eran como el fluir del agua; había un perro que simulaba ser humo negro, y se vislumbraba la figura de una mujer sombría.

Fue allí cuando le pregunté qué veía en el arte *Kusōzu*, y él me respondió: “Ver la descomposición de un cadáver es... o era crucial, deseamos no morir, establecemos relación con la muerte, pero una relación de lejanía. La muerte debería hacernos más humildes con nosotros mismos y los demás. Todos vamos a perecer, y eso está bien”.

Resulta que ya no hacía esos cuadros porque ya no hallaba esa humildad en su corazón. Estaba avergonzado de haber intentado suicidarse junto a su amante, aunque lo disimulaba bien tras una sonrisa burlesca, muy burlesca para tener cuarenta años.

Me llegó a mostrar el retrato de su amante, era como una fotografía, la técnica era bastante impresionante. El lienzo parecía ser una extensión del amor de ambos. Ella era rubia, de ojos azules y unas pecas que daban la impresión de restarle —pero a la vez añadirle— belleza, una que solo se encuentra en las singularidades de las marcas de la piel. Era más occidental que Inglaterra. La sonrisa de ella transmitía la sensación de que te podría tratar como tu propia madre, pero la mirada emanaba el pesar de alguien que quería algo más, alguien que muere lentamente esperando.

Al pasar las semanas de marzo de 2011, Sei Shu me mostró más cuadros de la mujer; resulta que ella quería que la pintara mientras su cuerpo se iba enfermando, tal y como en los cuadros *Kusōzu*, solo que ella se iba pudriendo en vida. Vi los otros siete cuadros, del primero al último se iba agudizando el sufrimiento. La mujer obligaba a Sei Shu a verla a los ojos; me dijo que ella le pedía poner en palabras cómo se veía en su estado actual. Ella

se limitaba a suspirar cuando él respondía, disimulando, “hermosa, como siempre”. En el último cuadro, que ya era como un presagio de muerte, se ve la sangre lagrimeando por las fístulas, sus ojos lucen llorosos, expresan que no quiere morir, y sonrío amablemente como en el primer retrato. Según Sei Shu, ella misma sabía de su enfermedad y nunca lo comentó; para él la razón de eso era desconocida, pero tenía la sensación un tanto certera de que había sido así.

Al final de 2015 solo quedaba un perro solitario frente a un biombo...

Fue en ese momento que me empecé a hacer más íntimo con el pintor; ese año mi corazón sintió que podía hacer cualquier cosa por él. Tras escuchar su historia ya no quería saber nada más, irónicamente él me lo iba contando más seguido. Llegó a decirme que ambos se lanzaron de un puente, él la tuvo que cargar porque ya estaba tan enferma que ni podía caminar. Eso sería en la ciudad de Xian, ambos saltaron a un río de corriente violenta sin dudarlo ni un momento. Ella no lo resistió y terminó por morir en brazos de Sei Shu, pero el pintor se salvó por crudezas del destino. Al ver su cadáver, me cuenta, no se había percatado hasta ese momento de lo cansada que estaba de la vida, por su enfermedad. A pesar de eso, ella conservaba la amabilidad y el amor que sentía por él, y se mantuvo en pie hasta derrumbarse por su propio peso. Sei Shu nunca me aclaró quién propuso el suicidio conjunto, pero no hay necesidad de tener un detective para saber que él se obligó a hacerlo por ella. El haber sobrevivido fue como un regalo y una maldición. Nunca me dijo cómo se llamaba la mujer.

Y así transcurrió ese 2011, conmigo naufragando en el corazón del pintor y él inmiscuyéndose en el mío. Un día de esos lo obligué a verme, me puse enfrente de él para que me observara, pero vi que sus ojos se enfocaban en el horizonte de un mundo fantasmal del cual ya no podía quitar la vista. En su dedo había

un hilo rojo que lo conectaba a su amante; el hilo que lo conectaba a mí era de color azul.

En 2012 estrechamos la mano para iniciar el “Plan Moebius”. Ese proyecto consistía en *conectar el infinito de la existencia en una pintura*. Era algo que para mí sonaba pretencioso y sumamente difícil, pero a ese punto Go Sei Shu era mi dueño y por él haría lo que fuera.

Un perro sigue a su dueño sin dudarlo
un perro sigue a su dueño aun si lo duda.

Mi corazón estaba volcado en ayudarlo con su pintura, en pintar, en hacer trazos con un movimiento de mano sutil y sublime, en pintar bosques que evocaran la naturaleza oculta de la sombra que, como decía mi maestro: “También es y deja de ser, es la expresión total de la belleza fugaz que se escapa envuelta en alucinaciones del sol”.

Y frente a nosotros estaba el biombo, lo compramos en enero, lo empezamos en marzo, lo terminamos en octubre. Go Sei Shu lo quemó después de un año. Ese era el “Plan Moebius”. Conectamos el infinito recuerdo de la mujer del artista con la nada que significaba la existencia, lo efímero. Pero el plan no terminaba allí.

Todo 2014 lo ocupamos haciendo el biombo del cadáver de una mujer que estaba frente a un bosque. Y fue allí que la palabra *Gongbi* cobró significado: con detalles coloridos y estéticamente placenteros pintamos un cadáver tal y como Sei Shu lo instruyó, con el bosque sombrío detrás y con trazos que evocaban la soledad y el vacío que deja un ser querido. “El amor es sufrir, porque amamos, sufrimos de igual proporción. Una muerte, no hablo de ella, es lo que hace falta inventar”.

El perro que el artista, mi dueño, decidió poner a última hora fue para mí algo muy pesado, pero no podía negar que cargaba el biombo con significado. Frente al perro estaba el cadáver de su dueña, el animal se acostaba como si estuviera chillando, él esperaba que ella se levantara algún día para acariciarle la cabeza, aunque era consciente de que eso nunca pasaría. El bosque parecía marchito, como si dijera “abandonen toda esperanza”.

Ese bosque fantasmal era colorido, como una evocación de la vida que alguna vez fue, que ahora se escapaba, que apretaba el corazón sin dejar que fluyera más sangre —para alguien como yo es difícil decir esto—.

Aun así ese biombo era tan magnífico que incluso Go Sei Shu se negó a quemarlo. Me dio una profunda felicidad saber que él había decidido no hacerlo. Ambos pusimos nuestro cuerpo y alma en él. Aunque su destino sería ser guardado en un rincón, a mí me placía no verlo destruido. Recuerdo haberle rogado para que no lo quemara, aunque eso no es lo que lo haría cambiar de opinión.

Pero fue entonces que pasó lo inesperado, el artista me pidió, siguiendo su típica regla de no verme a los ojos, que me marchara y no lo volviera a ver. El “Plan Moebius” había cerrado su ciclo. Yo había vuelto a ser ese infinito, ese bucle sin fin de amor y vacío; me enfurecía que ese fuera el caso. Llegué a ir a casa de él, pero esa vez había cerrado la puerta con llave, ya no atendía mis llamados, ya no era nada similar a lo que ambos habíamos cultivado los últimos cuatro años. Su abandono me marcaría para siempre. Ese 2015 en soledad, sin la compañía de Sei Shu, se sentía como una muerte en vida, era cierto eso...

paso el día entero
hasta ya entrada la noche
descascarillando arroz
esto es la muerte en vida.

Y entre esos sueños flotantes de amor que representó ese año para mí, escribí poemas, hice cuadros y hasta me embarqué en el canto, todo por Sei Shu. Pero era como no tener corazón y querer sentir los latidos, completamente inútil. La tormenta en el espíritu de él ya no me pertenecía, y un día más animoso que de costumbre grité a los cielos: “Empieza a hacer frío, ¡qué hermoso es el otoño!”. Aunque no hay otoño en esta ciudad, lo llegué a entender.

Al final de 2015, cuando la soledad me apretaba el pecho por la ausencia, recibí una llamada de Rosa, quien me indicó que la acompañara al departamento del artista. Cruel fue la noticia

que me dio cuando me dijo que él se devolvió a China porque había conseguido “dar un paso”. Esas palabras me dejaron pasmado. Fui dejando pasar los días sin contestar la proposición, hasta que finalmente la ansiedad de pensar tanto en él me consumió y terminé por ir.

Al final de 2015 solo quedaba el biombo de un perro solitario frente a un bosque.

Al encontrar el biombo de ese perro solitario en el bosque, lloré. Rosa me dio una nota del mismísimo Sei Shu:

“Algunos corazones están muy distantes, la razón es desconocida. Ahora es tu turno, deja que nos alejemos, inventa la muerte. Destruye el Plan Moebius”.

Ya era enero de 2016, pasaba más de la mitad de la década y lo único que había cambiado era el hecho de que ahora los jóvenes tenían más contacto físico con teléfonos en sus manos que con otras personas. Yo ya me desconocía a mí mismo. Era como haber viajado a China y haber vuelto después de varios años sin recordar cómo fue mi vida antes de viajar.

Sei Shu me regaló su apartamento y las pinturas que estaban allí. Este era un gesto muy atento para alguien que nunca me miró a los ojos. Frecuenté el apartamento que por varios años fue de él, el que tantas noches cubrió su cuerpo de frío para hacerlo recordar la belleza del otoño que yo nunca he visto.

Me perdí en pensamientos cada vez más absurdos. Enero, que suena como marinero, febrero que me recuerda a un campo de maíz, marzo que es como un extraterrestre, abril que es como abril porque me recuerda algo y a la vez no lo entiendo, mayo que es tan fácil como decir mayonesa, junio que me trae de vuelta a la iglesia, julio que es como una iglesia líquida, agosto que me hace pensar en jirafas, septiembre que es como los meses que le siguen al año pero más raros, octubre que recuerda noche y felicidad, noviembre y diciembre que son nostalgia indescriptible. Pensaba en

esas tonterías mientras se escapaban los meses de ese año y les intentaba dar sentido, arropado en las cobijas que él solía usar.

Entonces un día me paré, y muerto en vida tomé un biombo; eso fue a mediados de marzo de 2017. No había terminado la década y ya no podía engañar a nadie, todo en mi mundo había sido transformado en un plazo de cinco años, transformación tan radical como la de los estados de la materia.

Cuando terminé el biombo, en junio, ya había llorado tanto que no podía derramar ni una sola gota más. Fue como entregarme en cuerpo y alma hasta la pureza, pero esta vez por mi propia voluntad. Me había tomado un año, pero por fin lo había logrado. Di el paso.

El biombo que pinté era solo un bosque, el perro solitario se había marchado para siempre. El bosque sombrío que estaba deprimiendo al canino ya se había terminado de marchitar. El perro ya no esperaba más, ya había dado el primer paso. Congelado en su tiempo estático consiguió moverse por la voluntad amasada después del enorme dolor; tal voluntad y fe le permitieron dar una vuelta a su propio destino.

Los detalles del biombo me encantaron, era como un deseo que se había marchitado. Dentro de mí, más allá de no tener lágrimas, ya no había razón para llorar. Mi obsesión por Go Sei Shu se había marchitado, inventé la muerte, la paz que me hacía más humilde llegó como un chorro de una cascada en la que corre el éxtasis.

Al final de 2015 el perro solitario aún no se daba cuenta de que había conseguido la voluntad para ponerse en marcha y abandonar el bosque...

Y ahora lo digo, dos años después, quemé el biombo del perro solitario y solo dejé vivir al biombo del bosque marchito. Pienso en Sei Shu, lo añoro, pero a la vez vivo en paz, preguntándome si lo que pasó fue un sueño y si lo que hice fue lo correcto. Pero es una locura preguntarme si nuestros corazones estaban muy alejados. Quizá de eso se trataba el Plan Moebius, de la nada,

del absurdo infinito. Fue así como me atreví a pintar a Go Sei Shu junto a su esposa desconocida, porque los imaginaba juntos. Ella está esperando que la verdad salga de la boca de él, que le diga cuán horrible luce y que va a morir, para que ella misma pueda aceptarlo, para que Go Sei Shu pueda aceptarlo. Para que yo mismo pueda aceptarlo. Dar el tan añorado paso.

Este bosque marchito
me insinúa que debo morir como perro
para renacer como voluntad.

Alzo la cara con pústulas sangrantes
que lagrimean más que mis ojos
y encuentro esperanza sin dudas
y encuentro esperanza a pesar de dudarlo.

Trae la muerte al mundo
sin que nadie lo sepa,
sin matar a nadie.○